
¿Cómo puedo poner lo mejor de mí misma?*

Alessandra Bochetti

No sé cuántas de vosotras recordaréis la muerte de Porthos, el mosquetero. En una de sus muchas aventuras, para él la última, había minado una galería subterránea y escapaba porque había encendido la mecha. Entonces, mientras corría, le vino a la cabeza un pensamiento: “¿Qué hay que hacer para correr?”, se preguntó, “¿cómo se hace para poner un pie delante del otro?” Y este pensamiento lo bloqueó. Lo hizo dudar. Ya no supo moverse. La mina explotó y las paredes de la galería se le derrumbaron encima. Durante un momento, con las fuertes espaldas que tenía, intentó sostener todo aquel peso, pero después cedió y murió. He contado esta historia porque me sirve para comprender que existen pensamientos que, en determinadas situaciones, pueden producir dudas, pueden hacer que se pierda el sentido simple de las cosas y de los gestos propios y de los de los demás.

Esto viene a cuento de que casi todo se aprende y muy poco de lo que atañe a los comportamientos de la especie humana es innato y natural. Quiero decir que todos nosotros nacemos con posibilidades, posibilidad de hablar, de andar, por ejemplo, pero es necesario que alguien nos conduzca hasta esas posibilidades nuestras. Nunca se lo debemos todo a alguien, pero siempre le debemos a otro lo que conseguimos ser, lo que somos. Siempre le debemos a otro la acción de encontrarnos. Esto, para hacer un poco de historia, lo hemos llamado mediación, necesidad de mediación. Y hemos cogido mediación y relación —no hay, en efecto, mediación sin relación— para

* Ponencia de apertura del encuentro “Cambiar”, organizado por el Centro Cultural Virginia Woolf B., Roma, Teatro dei Satiri, 18 y 19 de junio de 1994.

definir a la condición humana misma. Y con la mediación y la relación entre mujeres hemos hecho identidades simbólicas de referencia incluso para lo que hemos llamado política de las mujeres, que ha sido y es sobre todo un gran movimiento de autoconciencia y de redefinición de la realidad a partir de criterios que, hasta un cierto momento de la historia, han estado inactivos, no productores de orden alguno. Eran otros los criterios que producían orden, sentido, valores. Lo que conduce a la historia, a la cultura, la autoconciencia femenina, es una gran revolución del sentido de la realidad. Pero esto ya lo hemos dicho muchas veces.

Lo que me importa decir es que si nosotras perdemos el sentido de la mediación nos puede suceder que perdamos también el sentido elemental de las cosas y de las acciones. Igual que le sucedió a Porthos, que quiso representarse en su cabeza lo que sus piernas ya sabían hacer. Por una vez en su vida, Porthos no se encomendó a su cuerpo —*cuerpo que no debe ser entendido como realidad natural sino como realidad ya mediada*—, buscó, diríamos nosotras, la mediación de la mediación y eso lo perdió.

¿Qué tiene que ver todo eso con nosotras? También nosotras tenemos un pensamiento que nos hace dudar, capaz de hundirnos en una situación en la que actuar sea imposible. Es un pensamiento que busca precisamente la mediación de la mediación. Parece difícil de decir, pero fácil de entender. Si lo nombro de la manera que nos ha asaltado a menudo, quizá no a todas pero a casi todas. Ese pensamiento se presenta bajo la forma de pregunta, preguntas del tipo siguiente: “En esta situación, ¿qué debería pensar una mujer, qué debería responder una mujer, qué debería hacer una mujer? ¿Cómo debería enseñar una mujer? ¿Cómo podría ser la crítica de arte de una mujer? ¿y la arquitectura? ¿y la política de una mujer?, etc.” Preguntas que podrían estar tranquilamente en la cabeza de un hombre, sin provocar el menor daño, pero que en la cabeza de una mujer provocan con toda seguridad una pérdida del sentido de la realidad, que a su vez provoca parálisis, imposibilidad de actuar. Está claro por qué sucede eso: no encomendarse a la propia experiencia significa abandonar lo que somos, lo que hemos conseguido ser gracias a todas las mediaciones y relaciones de nuestra vida, significa permanecer fuera de la posibilidad de juicio, por tanto fuera de la

realidad y de la posibilidad de actuar eficazmente. La mujer que se interroga a sí misma sobre cómo lo haría una mujer en una situación dada, se anula matemáticamente. La pregunta correcta sería en todos los casos: "¿Cómo puedo poner lo mejor de mí misma?"

¿A qué conduce esa actitud? ¿Qué pone obstáculos al libre actuar de una mujer? Mi respuesta es que hoy lo que precisamente pone obstáculos es lo que comúnmente llamamos la "política de las mujeres". No estoy hablando de las políticas femeninas de los partidos o de las políticas feministas de las cuales la distancia que me separa ya está clara. Hablo también de la política de mujeres a la que pertenezco. Porque hoy toda política que tiene por objeto a las mujeres, incluso la mejor, termina por tener un sentido estrecho. Demasiado estrecho como para expresar la libertad de una mujer. Pienso que una vez que nos hemos dado como referencias simbólicas la mediación y la relación, la política de las mujeres está de más, excede, deviene mediación de la mediación y termina produciendo esa duda fatal.

Creo que ya no hay razón para la política de la diferencia, una vez que la diferencia es pensada. La diferencia debe actuar y ello a partir de lo particular de cada una y de cada uno. Hablo de hombres y de mujeres porque el pensamiento de la diferencia no es un pensamiento sólo femenino, aun cuando la subjetividad femenina ha sido y es su fibra y su energía.

He concluido mi seminario de este año diciendo que se debería alcanzar el perfecto silencio sobre el ser mujer, perfecto silencio que no tiene su motivo en el olvido del ser mujer, ni en esconderlo, ni en una hipotética superación imaginaria, sino en el esplendor de su certeza, en su perfecta significación. Cuando hay perfecta significación se puede dejar de nombrar. Sólo dejando de ser objeto de discurso, el ser mujer puede devenir medida y fuente de inspiración.

¿Qué estoy imaginando? Estoy imaginando una política de mujeres sin la política de las mujeres. Estoy imaginando abandonar etiquetas, banderas, jergas, fórmulas mágicas y redes de protección para afrontar los problemas de este mundo, de este país, ahí donde se piense que se tiene honestamente algo que decir. Cuando digo esto quizá alguna mujer, que nunca ha querido verse como mujer, podría decirme que eso ella siempre lo había pensado. Pero no es eso lo que yo entiendo, no estoy hablando de un paso atrás. El

perfecto silencio sobre el ser mujer es un paso adelante, una conquista, no un retroceso.

Así pues, pensar el mundo no sólo en cuanto a la parte que nos atañe. En realidad no existe una parte que nos atañe. Pensar que hay una parte que nos atañe es pura imaginación. Todo nos atañe. En efecto, una posición exquisitamente política es compartir, saber compartir, no dividir.

La realidad ante la cual nos encontramos es una realidad con la mecha encendida. Creo que nos encontramos ante una elección. Hacer todavía del ser mujer objeto de discurso, porque pensemos que en ello aún hay algo que ganar —yo no lo creo—, o bien encontrar la posición justa para poner lo mejor de nosotras mismas a fin de que el país al que pertenecemos sea gobernado por criterios reconocibles. Y cuando hablo de gobernar, no estoy hablando de política institucional, aun cuando mi discurso no excluye la política institucional como lugar de acción, estoy hablando sobre todo de prácticas, esas prácticas que son la trama y la urdimbre del vivir social: prácticas pedagógicas, médicas, judiciales, prácticas de relación y de intercambio: ahí, en suma, donde la realidad se modifica, en la materialidad de la vida, buscando sólo poner lo mejor de una misma y siempre a riesgo de cometer errores.